

## CUERPO DE CRISTO ES TAMBIEN ESTA MUCHEDUMBRE

Fue uno de los rasgos más emotivos del Congreso Eucarístico Internacional de Barcelona. La delegación belga después de adorar a Cristo Eucarístico y rendirle su homenaje quiso también rendírsele a Cristo en sus pobres, "pues en ellos está el Señor presente también bajo las apariencias de los harapos". . .

El santo despilfarro de las solemnidades eucarísticas son para Cristo como la fragancia del perfume precioso del pomo quebrado amorosamente sobre sus pies benditos. "No murmuréis, nos dice, pues siempre tenéis pobres entre vosotros".

"Pero, Señor, le dirá más de un alma piadosa, ¿aún hay pobres entre nosotros? Y después de leer con las lágrimas represadas "Los traperos de Emaús" sentirá el escozor romántico de perderse con ellos por las callejas de la Banlieue parisiense buscando al niño desarrapado que tiritaba de frío. . .

Hace unos días un celoso sacerdote puso en contacto con la miseria de uno de nuestros barrios de la periferia caraqueña a un grupo de hombres de negocios y de buen corazón. La impresión fue terrible, y el reflejo supo recorrer el largo circuito del corazón a la chequera.

Las dos Caracas, la opulenta y la miserable se entreveran, y sin embargo, están tan lejanas. . . Para más de un caraqueño de la sociedad un paseo por el barrio "Unión" de Petare, o "Los sin Techo" de Caracas resultaría tan extraño como la expedición del Akontiki. Y ¡qué bien se vive en esta Caracas climatizada! ¿Recuerda la leyenda del príncipe que desconocía la noche? Antes del anochecer le obligaban a entrar en sus regios apartamentos, fastuosamente iluminados. Un día escaló los muros del palacio, y le sorprendió la noche. Su estupor no tuvo límites. Las rocas se desteñían, el cielo ennegrecía, las cosas perdían sus colores. . . Cuando tanteando y vacilante llegó a palacio no faltó un sabio preceptor que le dijera que todo había sido un sueño, y que no existía la noche. Y no faltarán ni sabios doctores ni concienzudas estadísticas que les convenzan de que no hay pobres entre nosotros, o si los hay, no como en Europa. . .

La prensa nos dirá con llamativos titulares que no hay desempleo en gran

escala en Caracas ni es problema de gravedad entre nosotros, según declaraciones del doctor X o la doctora Z. Pero las encuestas de la JOC, nuestra triste experiencia inmediata de todos los días en todos los barrios de Caracas nos demuestran lo contrario. Y el desempleo no es para nosotros un asunto de cifras, sino la desesperación de aquel joven esposo desilusionado y hambriento, o la amargura del muchacho que tras meses de intenso afanarse no encontró nada, o el descaído del patrón que explota a sus obreros u obreras, porque sabe que hay muchas bocas ansiosas en su rancho, y muchas manos hambreado las migajas de su mesa a la puerta de la fábrica. . .

"CUERPO DE CRISTO ES TAMBIEN ESTA MUCHEDUMBRE" exclama San Juan Crisóstomo. Y quien dice que ama a Cristo, y no le ama prolongándose en sus pobres es un embustero, como lo afirma sin rodeos San Juan en sus Cartas.

En puertas del Magno Congreso Eucarístico Bolivariano, y del gozoso tiempo de la Navidad, en que conmemoramos todo lo que nos dió Cristo, quisiera tejer en torno a unas consideraciones de San Juan Crisóstomo, el gran arzobispo de Constantinopla, el copo de mis reflexiones. Constantinopla en el siglo cuarto tenía muchos de los problemas de la Caracas de hoy. Bizancio rompía los sellos de su caminar histórico, como hoy Venezuela está rompiendo sus moldes y se desborda poderosa.

Ante el escándalo, que se repite entre nosotros, de unos pocos que acumulan riquezas y gastan en un banquete, o en una fiesta, lo que bastaría para alimentar muchos días a muchedumbre de pobres exclama el santo Obispo lleno de dolor, con frases hirientes, que suavizan su griego de orfebre:

**"Y tú, siendo hombre eres más cruel que una bestia cuando encierras en tu casa la comida de mil pobres, y aun de muchos miles".**

Si tenemos el mismo pan del cuerpo de Cristo, el mismo Redentor, la misma esperanza, insiste el santo ¿porqué eres tan rapaz en guardar tu dinero, ¿Nos atrevemos a comparar nuestro presupuesto de gastos superfluos con el presupuesto de una familia de nuestros barrios? ¿Lo que gasta tu hija con lo que gana un trabajador? En tu bar familiar en un día, o en una noche, quemas en alcohol lo que bastaría para sustentar cien familias de nuestros cerros.

**"Los libertos que invitan a sus amos a un banquete, no creen que les**

hacen un beneficio, sino que lo reciben. Aquí, en cambio, sucede lo contrario. Porque no fue el siervo el primero que invitó al Señor a su mesa, sino el Señor al siervo; y tú, ¿ni siquiera le invitas después? El fue el primero en introducirte en su casa y tú, ni siquiera después de El haces ésto? Te vistió cuando estabas desnudo y tú, ni siquiera le acoges cuando se te acerca un peregrino? El se adelantó a darte de beber su cáliz, y tú no das ni siquiera agua fría”...

No nos acerquemos a Cristo en la Eucaristía, en las gozosas fiestas del Congreso Eucarístico, o en las no menos gozosas de Navidad, sin acercarnos antes al Cristo que sufre, que tiene hambre, que está desempleado, que no tiene un techito bajo el cual cobijarse. ¡Cuántos de estos Cristos crucificados en nuestras quebradas, sepultados bajo la sordidez de ranchos inmundos! Y no nos jactemos de nuestra caridad, pues debemos agradecer a Dios el encuentro con estos cristos humanos, que nos abrirán las puertas del cielo. Porque aún permanece la palabra del Señor: “Qué difícil es que los ricos entren en el reino de los cielos”... No sois vosotros los bienhechores de los pobres, sino ellos de vosotros, porque en la casa del Señor, en el reino de Cristo ellos son los señores, y los ricos los servidores. San Juan Crisóstomo en una de sus bellas homilias sobre la institución de la Eucaristía comentando el pasaje evangélico “y dicho el himno salieron hacia el monte de las Olivas” exhorta a sus oyentes: “Salgamos también nosotros en dirección de las manos de los pobres, porque ellas son el monte de las Olivas. Olivas plantadas en la casa del Señor son la muchedumbre de los pobres, porque ellas son el monte de las Olivas. Olivas plantadas en la casa del Señor son los pobres, que destilan el aceite que allí nos será útil, el que tenían las cinco vírgenes, y que por no haberlo tomado las otras cinco perecieron. Tomémosle, pues, y entremos, para que vayamos con las lámparas resplandecientes al encuentro del Esposo; tomémoslo, pues, y salgamos con él de aquí”.

La flor más exquisita del Congreso Eucarístico Internacional de Barcelona, flor inmarchita, fue la barriada obrera que se alzó como recuerdo. Pirámide de amor, en que se enterraron tantos sacrificios de personas modestas y engastaron las joyas de muchas personas de las clases favorecidas.

Cuando Cristo Eucarístico se pasee

en triunfo por nuestras espléndidas avenidas, ¿no se le nublarán los ojos al tornarlos hacia los cerros tapizados de misereros ranchos, o las casas de vecindad en que se amontonan como producto industrial sus hermanos predilectos los pobres? A Cristo no se le deslumbra con la pompa de grandiosas exhibiciones. Para El el cortejo más grato es el de los corazones puros, y la mejor aclamación la de las manos dadas que saben encontrarle en sus hermanos los pobres.

Si Cristo se dejara caer en medio de nuestras bulliciosas avenidas de seguro que no le seguiría sino la sonrisa despectiva, a medio dibujar, del atareado transeúnte. Sin embargo, si se internara en nuestros barrios la gente se agolparía en su torno. Lo hemos visto en la Santa Misión. Hay entre nuestro pueblo y Cristo una extraña y maravillosa consonancia. Y, pensar que a Cristo sólo se lo llevan en triste caricatura las sectas a nuestros barrios...

Llevar a Cristo a nuestro pueblo, a esa muchedumbre que Le espera como a su único Salvador. Llevarles a Cristo, comida y bebida, a Cristo presencia eucarística, de forma que Lo encuentren a media cuadra, y no tengan que disfrazarse de burgués para conversar con El, para sustentarse de El. Una red de salones-capilla, sembrada por nuestros barrios, como copudo y frondoso samán, bajo el cual se cobije nuestro pueblo; y en cuyo alrededor, y al calor de Cristo eucarístico, se vayan creando las nuevas comunidades cristianas, compactas en el amor a Cristo y en la caridad fraternal.

¿Y no habrá almas, que Dios enriqueció de generosidad y bienes de fortuna que quieran hacer de su dinero puente entre Cristo y su pueblo? Tal vez envidian al Sacerdote que cada mañana engendra a Cristo en sus manos, y no saben cómo agradecer a Cristo que cada mañana se les da en manjar. San Juan Crisóstomo hace hablar a Cristo, para ellos, así: “Porque no busco la sangre, sino agua fresca. Piensa a quién das de beber y admírate. Piensa que te haces Sacerdote de Cristo, al dar con tu propia mano, no carne sino pan; no sangre, sino un vaso de agua fresca”... Nos hacemos sacerdotes de Cristo cuando Lo encontramos en los pobres y aún más cuando Le llevamos a los pobres, pues es como quien recobra un miembro perdido, porque “CUERPO DE CRISTO ES TAMBIEN ESTA MUCHEDUMBRE”.

JUAN M. GANUZA, S. J.